

“DRACMA”

*“Tomad mi yugo sobre vosotros” (Mt 11,29)
“No le será lícito desde aquel día salir del monasterio ni
sustraer su cerviz al yugo de la Regla...” (RB 58,15-16).*

No hace mucho tiempo, vino a nuestro monasterio un campesino del vecindario con una yunta de bueyes y un arado muy primitivo para arar un pedazo de terreno. Los bueyes se llamaban “Cariño” y “Seguime”. Con habilidad y cuidado unció los bueyes al arado. Uno de ellos, “Seguime”, era manso y sabía trabajar. “Cariño” era algo mañero y el buen paisano sólo pudo terminar bien su tarea gracias a la tranquilidad y tesón de Seguime, el cual, uncido al yugo junto a Cariño, lo obligaba a mantenerse firme en su trabajo y seguir derecho, abriendo el surco en la tierra.

En esta ocasión tuve oportunidad de observar, de cerca, el yugo. Es un instrumento de madera al cual, formando yunta, se uncen los bueyes por el cuello y en el que van sujetas las coyundas o riendas del arado. Comprendí que el yugo es para unir una “yunta”: no se coloca en un solo sujeto (Los envió de dos en dos, *Lc 10*). Además, cuando se quiere domar a un animal para arar o para tirar del carro, se pone a su lado un animal manso, para que aprenda con su ejemplo.

Esta observación me sugirió la siguiente reflexión:

Nuestro Padre san Benito dice al que desea abrazar la vida monástica que, después de la profesión “no le será lícito salir del monasterio ni sustraer su cerviz al yugo de la Regla” (RB 58,15-16). (Ver *Lm 3,27*). Habla de la Regla como de un yugo que el monje acepta libremente “después de una morosa deliberación”. Yugo que lo une a la comunidad para que, juntos, busquen a Dios. Con estas palabras se le pide al monje una permanencia efectiva en el amor por un camino de humilde entrega al Señor en la comunidad.

Son eco de aquella invitación del Señor en el Evangelio: “Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (*Mt 11,29-30*).

En la Sagrada Escritura se habla, a veces, de un yugo malo de esclavitud, del cual nos vino a liberar el Señor (cf. *Ga 5,1*) (Ver *Lv 26,13* y *Ez 34,27*), y también se habla de una falsa libertad que nos torna esclavos del pecado (*Rm 6,6*), hijos de la desobediencia. El profeta Oseas se queja de esto cuando dice:

*“... Israel se ha encabritado
como novilla indómita,
... Efraín se ha apegado a los ídolos,
se echan entre borrachos,
se prostituyen más y más...” (Os 4,16-17) (Ver Jr 2,20).*

En cambio, cuando el Pueblo elegido vuelve al Señor, es comparado al animal que aceptó el yugo que lo torna útil a su dueño:

*“Efraín, novilla domada,
que gusta de la trilla;
Yo pasaré el yugo sobre su hermosa cerviz;
unciré el carro a Efraín,*

*Israel arará,
Jacob rastrillará.
Sembráos simiente de justicia
recoged cosecha de amor...” (Os 10,11-12).*

Jesús nos invita a tomar sobre nosotros su yugo suave, san Benito dirá en la Regla: “Esperamos no establecer nada áspero ni duro” (Pról. 46) que nos hará entrar en su descanso (*Hb* 3,11). También nos dice: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”. Se nos presenta así como el buey manso que trabaja a nuestro lado. Nuestra pareja en este yugo es siempre el Señor.

Vivir “con” el Señor, siguiendo sus pasos, es la razón de ser de nuestra vida monástica. Todo en ella está o debe estar orientado, sometido al Señor. Somos la comunidad de aquellos que, por su profesión, aceptaron libremente no sustraer su cerviz al yugo de la Regla que es la forma concreta de tomar sobre sí el “yugo del Señor” para vivir así siempre en su presencia (RB 7,10), caminar junto a Él.

- Cenobitas... que militan bajo una regla y un abad. (RB 1,2).
- El abad lo es, en nombre del Señor (RB 2) y según el Señor, que es quién preside la comunidad: “Nada debe enseñar, establecer o mandar que se aparte de los preceptos del Señor” (RB 2,4).
- Los hermanos son convocados a consejo para discernir el querer del Señor. Se llama también al más joven “porque a menudo revela Dios al más joven lo mejor” (RB 3,3). En esta deliberación el abad tiene la última palabra pero “hágalo todo con temor de Dios y observancia de la Regla” (RB 3,11).
- Se obedece “porque ninguna cosa estiman tanto como a Cristo... Les anima el deseo de caminar hacia la vida eterna; por eso toman el camino estrecho... no viviendo a su antojo ni obedeciendo a sus deseos y apetitos, sino caminando según el juicio e imperio de otro, viviendo en los monasterios, desean les gobierne un abad” (RB 5,2. 10-12).
- Al que solicita incorporarse a la comunidad sólo se le admitirá “si de veras busca a Dios” (RB 58,7).

Si seguimos recorriendo todas las páginas de la Regla, veremos que su finalidad es unirnos a Aquél que “se hizo uno de nosotros para que pudiésemos ser arada de Dios” (*I Co* 3,9), “recoger cosecha de amor” y “perseverando en el monasterio hasta la muerte, participemos de sus sufrimientos por la paciencia y merezcamos acompañarle en su Reino” (cf. Pról. 50). Amén. ¡Aleluia!

La sencilla y fatigosa tarea de “Cariño” y de “Seguime” en aquel día de primavera, me hizo pensar todo esto. Continuamente, en el diario quehacer, vivimos en contacto con hechos o elementos que la Escritura usa para transmitirnos algo del misterio del Dios-con-nosotros y, si los contemplamos con atención, nos ayudan a comprender su mensaje más profundo.

Qué bueno sería que, a través de *CuadMon* compartiéramos estos pequeños hallazgos que en nuestro Monasterio llamamos “dracma”, por cierta analogía con la mujer del Evangelio que busca cuidadosamente su moneda, al encontrarla se alegra y comparte la alegría de su hallazgo con sus amigas y vecinas (cf. *Lc* 15,8).

*“El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra”.*
Salmo 18

*Santa María Madre de la Iglesia
Uruguay*